

FRANCISCO BASTITTA HARRIET¹

*Universidad Católica Argentina
Buenos Aires – Argentina
fbastitta@yahoo.com*

La labor docente de Laura Corso de Estrada

A todos los que conocimos a la Prof. Laura Corso de Estrada y trabajamos junto a ella nos impactó profundamente su partida inesperada y nos entristece su ausencia. Era, en efecto, una presencia radiante y llena de energía, alegre y entusiasta en todos los proyectos que emprendía, entregada solícitamente a sus alumnos, becarios, tesisistas y colegas.

Nos queda, sin embargo, el consuelo de seguir recordándola juntos y celebrar su memoria. En mi caso, como compañero de cátedra en sus últimos años en nuestra Facultad de Filosofía y letras de UCA, me toca compartir algunas de sus cualidades excepcionales como docente y educadora.

Desde que ingresé como profesor en Historia de la Filosofía Medieval, hace cuatro años, Laura me recibió con brazos abiertos, calidez y hospitalidad. Inmediatamente se mostró dispuesta a adaptar y reconfigurar los riquísimos contenidos de su materia de acuerdo con mis intereses y

¹ Agradezco la invitación de la Dra. Olga Larre para participar del homenaje a la Dra. Corso de Estrada durante el Coloquio anual de la Société Internationale pour l'Étude de la Philosophie Médiévale (SIEPM) en Buenos Aires, en septiembre de 2025, y a la revista *Sapientia* por acoger la publicación de este dossier.

recorridos previos. De allí en adelante, entablamos un vínculo de enorme respeto y afecto recíprocos. Cierto es que nuestros temas de investigación no parecían confluír demasiado. En su caso, la filosofía romana clásica; en el mío, el pensamiento de los Padres griegos. Mientras ella indagaba la aretología de los escolásticos, yo hacía lo propio con la antropología de los humanistas. No obstante, descubrimos pronto que nos aunaba una misma pasión intelectual: la de indagar y transmitir la génesis y la originalidad del pensamiento medieval a la luz del complejo entramado de sus fuentes latinas, griegas y árabes.

En la planificación cuidadosa y detallada de la materia, Laura demostraba su increíble agudeza intelectual. Se preocupaba por presentar un cuadro variopinto, claro y riguroso de todas las etapas, escuelas y mundos medievales. Además de un panorama exhaustivo y sistemático de estas diversas tradiciones, ella ofrecía generosamente en sus programas los frutos de su incansable trabajo investigativo. En el centro de su propuesta pedagógica se hallaban el examen serio y directo de las fuentes en su lengua original, el rigor en el análisis de los argumentos y la ponderación adecuada de sus contextos históricos y transmisiones textuales. Con ello no hizo más que nutrir y enaltecer la ya fecunda tradición de esta casa.

Esta propuesta, entonces, implicaba a la vez una síntesis orgánica del pensar medieval y una invitación al contacto vivo con sus fuentes. Cada unidad estaba estructurada con una precisión arquitectónica, y el imponente edificio posaba sus cimientos sobre las tradiciones grecorromanas y helenísticas y se elevaba hasta los albores del humanismo renacentista, trazando en cada nivel con claridad los vínculos entre cosmología, antropología, metafísica y moral. Laura se detenía con suma atención en las etapas de transición –tantas veces

soslayadas— de la patrística griega y latina, el Renacimiento carolingio, las tensiones entre la dialéctica y la teología en el siglo XI, el florecimiento de las escuelas monásticas y urbanas del XII, mostrando cómo en cada una de ellas se develaban nuevas fuentes y se configuraban formas renovadas de comprender el complejo vínculo entre la razón y la fe. Bajo su guía, los alumnos aprendían a conversar con su amado Cicerón, con Agustín y con Boecio, con Anselmo, Abelardo y Bernardo, con Tomás, Buenaventura y Duns Escoto, y podían reconocer en cada uno de ellos un diálogo constante entre tradición y originalidad.

Pero tal vez nada de esto sea comparable a lo que representaba la presencia de Laura en el aula. En efecto, no olvidaremos el timbre sereno y cálido de su voz, la complicidad de su mirada, su escucha atenta y comprensiva, el brillo de su amplia sonrisa. Esta se dibujaba en su rostro al apreciar las intuiciones expresadas por sus alumnos y colegas, o cada vez que traía a la mente alguno de sus temas o autores favoritos, con una familiaridad que revelaba los años de estudio y de afecto que les había entregado. Su compromiso con sus alumnos tampoco sabía de límites o excusas. De ninguna manera concebía la enseñanza como una mera transmisión de contenidos, sino como una tarea compartida, una travesía apasionante, reflexiva y también exigente. Pero ella se ocupaba de ayudar y acompañar personalmente a aquellos que tenían dificultades en el aprendizaje, revisando pacientemente un texto o una idea hasta que alcanzaran claridad; y por otro lado también alentaba y promovía a quienes demostraban un interés más profundo en la materia, confiándoles lecturas más complejas o sugiriendo caminos de investigación que abrían horizontes insospechados. En ocasiones convenía lecturas conjuntas o encuentros complementarios con los

alumnos que podían extenderse hasta altas horas de la noche.

Muchas veces me contó anécdotas sobre su querido esposo, Fernando, y sobre los entrañables amigos de ambos, con quienes compartían pasiones intelectuales y largas veladas de animada conversación. Siempre pensé que, en la medida en que le era posible, Laura también intentaba recrear el espíritu de aquellos verdaderos banquetes del pensar en sus clases de filosofía. En aquellos relatos, que incluían estancias de investigación en el exterior y encuentros con ilustres colegas extranjeros, ella evocaba con naturalidad, frescura y una memoria admirable hasta los más mínimos detalles, y en especial el disfrute de aquel intercambio libre y cordial, del argumento tejido en diálogo y del humor inteligente, que aligera todo lo grave. En verdad Laura contagiaba ese disfrute y esa alegría a sus oyentes, puesto que su modo de enseñar era inseparable de su modo de vivir.

Sus exámenes finales, por ejemplo, que podrían haber devenido instancias temibles, dada la gran extensión y dificultad del programa de la materia, eran en cambio amenos coloquios intelectuales, en los que Laura demostraba un respeto y una delicadeza admirables frente a sus alumnos. Ellos no eran meramente examinados respecto de los contenidos de la materia, sino que también se volvían protagonistas en un diálogo vivo de lecturas y argumentos. Laura sabía dar tiempo, intercalar una pregunta o una observación justa, y valorar con inusual elegancia los esfuerzos de comprensión de cada uno. Gracias a esta disposición, los alumnos ganaban confianza y podían lucirse en sus propias indagaciones y razonamientos, retribuyendo de algún modo la entrega de su maestra.

Gracias, querida Laura, por tu dedicación incansable y amorosa a tus estudiantes y a la propia

sabiduría. Es a ella a quien le confiaste buena parte de tu vida, como su buscadora incansable, su amiga íntima y su confidente, y, por eso mismo, como verdadera filósofa. Confiamos en que esa Sabiduría en persona, según la fe y el deseo de tu corazón, te haya salido al encuentro en tu hora final, tal vez con palabras como las que pone en su boca el libro de los Proverbios (8,35): “Quien me encuentra, encuentra la vida y alcanza el favor del Señor”.